

# circum

Revista de Investigación Científica Humanística  
de la Universidad Antropológica de Guadalajara  
Año 6 / Vol. 10 / 2020

- ↳ Consideraciones en torno al acoso escolar:  
Género y ciberbullying  
Mauricio Meneses Padilla
- ↳ La memoria y la existencia como garantes del haber-sido  
Ricoeur y Nancy  
Salvador Vega Valladares



- ↳ Ceguera voluntaria.  
El vacío que deseamos ocultar  
Héctor Sevilla Godínez
- ↳ Las fronteras entre lo teleológico y lo deontológico  
en la filosofía práctica de Paul Ricoeur  
José Alfonso Villa Sánchez



# Ceguera voluntaria

## El vacío que deseamos ocultar

Héctor Sevilla Godínez

### Resumen

Partiendo de la noción de que la experiencia del vacío puede aportar beneficios para la reconstrucción de la persona que vive en crisis, el presente texto expone la utilidad de la ruptura con las obstaculizaciones consentidas que incapacitan el propio avance, de la lucha contra la ignorancia promovida estratégicamente en las sociedades de consumo, y de la opción de no adaptarse a los entornos perjudiciales. Se establece, por tanto, que la experiencia del vacío en la propia existencia es un eslabón necesario que favorece la elaboración de nuevas pautas para el propio camino de vida. Contrario a ello, la ceguera voluntaria, entendida como la elección de ocultar, negar o nulificar el propio vacío, se vuelve un obstáculo central.

**Palabras clave:** Vacío, Crisis, Sabotaje, Ignorancia, Elección.

### Abstract

Starting from the notion that the experience of emptiness can bring benefits for the reconstruction of the person living in crisis, this text exposes the usefulness of the rupture with the obstacles that impede one's progress, of the fight against ignorance promoted strategically in consumer societies, and the option of not adapting to harmful environments. It is established, therefore, that the experience of emptiness in one's own existence is a necessary link that favors the elaboration of new guidelines for one's own way of life. Contrary to this, voluntary blindness, understood as the choice to hide, deny or nullify one's emptiness, becomes a central obstacle.

**Key Words:** Emptiness, Crisis, Sabotage, Ignorance, Choice.



## Introducción

El vacío se entenderá aquí como una experiencia en la que las certezas son rotas, las esperanzas son puestas en duda y los sostenes comunes que adormecen el criterio han sido erradicados a partir de experiencias desagradables, vivencias dolorosas o conclusiones irrefutables. Las permisividades voluntarias, tales como la nula atención, poca focalización o inexistente acción rectificadora, se convierten en un lastre del avance personal porque no permiten la vivencia del vacío. En estas líneas se mantiene la premisa de que permitir la experiencia del vacío faculta la opción de despertar, buscar soluciones o movilizarse hacia condiciones de vida más fructíferas.

La indiferencia faculta muchas de las actitudes permisivas, las cuales no permiten generar mejoras ni atender las alertas que las circunstancias muestran ante una situación particular que se vuelve problemática. Las permisividades suelen ser contradictorias puesto que la persona, a pesar de ser capaz de ubicar la conducta o situación problemática, minimiza o intenta ignorar lo que está sucediendo o lo que, en algunos casos, realiza directamente.

La permisividad se vuelve mayormente perjudicial en la medida en que pospone la solución o la modificación de conductas que son claramente dañinas para el propio individuo, quien a pesar de sufrir las consecuencias de sus propios actos elige distraer su atención u ocuparse de otros asuntos. Asimismo, cuando el daño es causado por algo externo a la persona (una es-

tructura social, una institución o una persona específica) el individuo puede adoptar una triple postura permisiva: a) adaptarse al ambiente perjudicial a pesar de que no existan motivos aparentes para hacerlo; b) justificar su pasividad; c) anteponer valores que no son más que barricadas ante el ataque de la porción de criterio personal aún no adormecido.

La ignorancia es otro cimiento en el cual se edifica la permisividad, pues si bien muchas situaciones suceden por la falta de conocimientos sobre un asunto o aspecto en particular, también acontecen cuando no hay interés hacia los nuevos aprendizajes. Al permitir la ignorancia, el individuo es responsable de algunas de las consecuencias derivadas de la misma. Enseguida se abordarán detalladamente las posturas permisivas que obstaculizan la vivencia de un vacío fecundo.

### 1. Minimizaciones

Algunas de las conductas que realizamos son elegidas a pesar del posible daño que causan. Contamos con cierta conciencia de que algunos actos no nos generarán un beneficio explícito, a no ser por el placer pasajero mientras lo realizamos. Evidentemente, el permiso puede ser considerado poco perjudicial si sucede ocasionalmente; sin embargo, si se reitera dos o tres veces diarias, el premio original se volvió un hábito y éste se vuelve problema si le sigue una minimización. Caracterizadas por restar importancia a situaciones o conductas que pueden ser perjudiciales para nosotros mismos o para otros, las minimizaciones



no aportan beneficio alguno, posponen un problema que con el tiempo se hace más grande.

Olvidarse de las emociones no es la mejor manera de manejarlas. La negación de lo que nos sucede internamente, así como la indiferencia ante los sentimientos que surgen íntimamente, cobra facturas demasiado altas con el paso del tiempo. Posponer los problemas emocionales generará intereses difíciles de pagar. No importa si algo está prohibido externamente cuando la permisividad íntima acontece.

La minimización no sólo se realiza a nombre propio, sino que puede suceder también ante las conductas o situaciones evidentes que acontecen a las personas cercanas o, dicho de otro modo, a los propios familiares. Es cotidiano encontrarse con casos múltiples en que muchos adoles-

centes viven problemas o encrucijadas que sus propios padres desconocen y, lo que es peor, ni siquiera imaginan. A pesar de que algunas de las conductas perjudiciales son evidentes en ciertos casos, pareciera que el padre y la madre de algunos retoños consentidos no son capaces de ubicarlas, quizá por lo desagradable que les puede resultar mirarse en ellos. Jóvenes deprimidos, adolescentes con trastornos de alimentación, niños con conductas lesivas o estudiantes con problemas serios de conducta, cada uno es una combinación de padres y madres distraídos, absortos en su pequeño mundo laboral, dispersos por consentir gustos igualmente destructivos, desarticulados por centrarse en pasatiempos voraces que consumen su tiempo con cierta inutilidad.

Reconocer las conductas inapropiadas derivadas del vacío de los que amamos



es una proeza difícil de lograr cuando el reflejo consecuente de tal visión es la del propio vacío que no fecunda sentidos. El problema del hijo es la resonancia del grito silencioso del padre o la madre (o del conflicto entre ellos); la cotidiana preferencia es sumergir la cabeza en la laguna de la distracción, deseando en el fondo que el agua que penetra en los oídos ensordezca los reclamos implícitos que, ocultos en su conducta, nos realizan aquellos a quienes decimos amar.

De acuerdo con Charles Thomson, científico escocés, nuestra conducta es la única prueba de la sinceridad de nuestro corazón. En ese sentido, no podemos intentar ser ciegos o indiferentes ante las muestras que nos refieren lo que al corazón (aparato psíquico o estructura representativa) le sucede. El vacío que no es experimentado en

forma incluyente termina por evidenciarse a través de conductas destructivas; por ello, es labor de educadores, profesionales de la conducta y asesores en general estar alertas ante tales muestras. No obstante, de manera principal, cada individuo es el primer responsable de ejercer su criterio y asumir vehementemente el proceso de sanación adecuado. En amplio sentido, tal proceso inicia con el reconocimiento del propio vacío, a partir de ahí será posible proceder a desmitificarlo, resignificarlo y establecer alternativas solucionadoras.

## 2. Daño personal elegido

Mucho más intensa que la modalidad de minimización, en la que el perjuicio es paulatino y no es tan claramente voluntario, en el caso del daño personal elegido, la



voluntad está claramente coludida debido a una elección de infligirse un detrimento personal o permitir que otros lo causen en nosotros.

Cuando una persona elige dañarse con plena conciencia de lo que hace (no necesariamente de lo que la orilla a eso), parte, por lo general, de un sentimiento de desdicha o incomprensión. El calificativo que la persona hace de sí misma justifica, aparentemente, el daño que elige infligirse. Séneca consideraba que es desdichado el que por tal se tiene; en ese tenor, la aceptación de la desdicha provoca en el desdichado la sensación de que es justo castigarse y que, además, le está permitido. Las formas de castigo son conductas lesivas, autodestructivas, claramente perjudiciales para la salud y promotoras de un riesgo en el que la vida, o al menos su calidad, está de por medio.

Si bien tales conductas han sido catalogadas como anormales e ilógicas, miradas desde la lógica comprensiva de los antecedentes que las producen podría decirse que son esperables, previsibles y, en ese sentido, plenamente lógicas y consecuentes. Ahora bien, no sólo son dañinos los actos que son claramente perjudiciales y que socialmente se condenan, sino que también lo son algunas conductas que suelen considerarse aceptables o comprensibles

en una sociedad de consumo. Ejemplo de tales cuestiones son el abuso de bebidas alcohólicas, la excesiva rutina laboral, el trastorno en los hábitos alimenticios y en la rutina de sueño. Consentir daños físicos o psicológicos mediados por parejas sentimentales, compañeros laborales, amigos o autoridades, son también aceptaciones implícitas de daño personal.

Evidentemente, los motivos que llevan a muchas personas a tolerar, aceptar, provocar o promover para sí estilos de relación dañinos pueden ser tan variados como difíciles de esclarecer. Si acaso se pudiese encontrar un punto en común en los orígenes de todas estas alternativas de daño personal sería una inadecuada experiencia del vacío. Existe muy internamente una sensación de vacuidad incesante que sólo es ocultada por medio de las conductas referidas u otras de diversa índole y manufactura.

Concretamente, la experiencia de vacuidad a la que me refiero está relacionada con alguna de las siguientes variantes: a) la ausencia de algo o alguien en particular; b) la carencia de satisfacciones específicas; c) la falta de tal o cual motivación, aspiración, sentido o intención; d) la sensación de soledad o incomprensión; e) los silencios no deseados o las palabras que no se han escuchado; f) el hueco que ha dejado el





apoyo no recibido o la comprensión amable y sincera no percibida, las muestras de afecto imprescindibles no sentidas o los reconocimientos no brindados; g) el exceso de compañías que producen soledad; h) la desconexión, la enajenación, la robotización y la pérdida de estímulos, incentivos o intereses. En todos los casos podría hablarse de un vacío, pero es un vacío que no llegó o apareció de pronto sino que siempre ha estado ahí, presente, latente o potencial, a la vez que evidente, innegable e ineludible.

La valentía para hacer del vacío un aliado (y no un contrincante al que deba eliminarse) es el aditivo imprescindible para evitar que el vacío mismo sea el que nos termine consumiendo. No hay forma de vencer al vacío si no se le permite ser el punto de partida desde el cual todo principio y cambio es posible; intentar agredir al vacío sólo lo vuelve más grande y potente. ¿Qué diríamos de quien por querer hacer invisible un punto negro en una pintura termina por pintar toda la obra en tonos oscuros? ¿Qué cosa podríamos afirmar de quien se pelea contra las olas intentando con su fuerza evitar que continúen apareciendo paulatinamente en el mar? ¿Cuál sería nuestro pronóstico para aquella persona que trata de gritar para vencer el sonido de su propia voz? ¿Nos resultaría inteligente que cualquier individuo contuviera el aire para poder decir al final que logró evitar la respiración de forma permanente? ¿Acaso nos parecería divertido encontrarnos con quien desea apagar el fuego soplando directamente a las llamas o agitando una cobija para generar viento

en su contra? ¿Sería sensato lanzarse de un gigantesco edificio mientras se piensa que mientras mayor sea la altura tendremos más posibilidades de volar si agitamos las manos? ¿Podríamos destruir la tierra por patear el suelo? ¿Es viable extinguir el aire usando bolsas de plástico para atraparlo? ¿Alguien puede ahogar al agua en sí misma o quemar al fuego? No, ninguna de las opciones es lúcida o coherente. Sabemos que la oscuridad, las olas, el sonido, el aire, el fuego, la altura, la tierra y el agua son aliados a los que no tenemos que combatir, de hacerlo acabaríamos vencidos o perjudicados. Similar situación acontece con el vacío que experimentamos: no podemos enfrentarlo sin dañarnos. La alternativa es hacer de él un cómplice que nos acompañe hasta que aprendamos a vivir por un tiempo sin su presencia y nos sepamos dispuestos a su reencuentro oportuno, lo cual es siempre revelador de nuevas alertas e intimidades.

A diferencia de los fenómenos naturales referidos anteriormente o de las herramientas de nuestro propio cuerpo, el vacío nos confunde porque nace (o es percibido) desde dentro; en cierto modo nos constituye, pero lo consideramos un invasor. En realidad, si lo sabemos ver, los invasores auténticos hemos sido nosotros al quitar al vacío la posesión completa del lugar que ocupamos recurrentemente en el mundo por mediación del cuerpo. El vacío es íntimo y siempre está ahí, más vale aprender a vivir con él y a entender sus manifestaciones, pues son éstas las que, de un modo peculiar, nos muestran con contundencia lo esencial de lo que somos y la alternativa real de lo que podemos llegar a ser.





### 3. Obstaculización consentida

Una más de las modalidades de la permisividad voluntaria es la creación de barricadas que obstruyen la posibilidad de actuar de formas diferentes. A pesar de que aparentemente carecen de un ejercicio consciente, las obstaculizaciones han sido mediadas por la voluntad del individuo al otorgarle credibilidad a una falacia, infalibilidad a una creencia sobre sí mismo o legitimidad a todo aquello que permita perder el centro de la reflexión y concreción.

Karen Horney, psicóloga nacida en Alemania, utilizó la expresión “pacto con el diablo” para denominar a aquellas posturas mediante las cuales una persona permanece en la creencia de un yo idealizado,

desacreditando al yo real que indica la experiencia. En ese sentido, el pacto referido es una obstaculización consentida debido a que el individuo no se permite centrarse en la realidad; de tal modo, permaneciendo en la fantasía, se desacreditan las alternativas de solución concreta. Así como algunos evaden la conciencia a través de las carencias personales y entronizan a un rol, otros lo hacen posicionando una idea de sí mismos por encima de lo que la experiencia cotidiana muestra.

Otra de las formas del obstáculo consentido tiene que ver con la actitud de desperdiciar el tiempo. Es obvio que los días de todos están conformados por veinticuatro horas y que mucho de lo que nos acontece en la vida, lo que logramos y lo que perdemos, está sujeto a la utilización del tiempo que



nos corresponde. Sin caer en la discusión, demasiado trivial, de lo que es válido o no en el uso del tiempo, entendiendo que cada cual tendrá una particular visión de lo que significa aprovecharlo, desearía solamente referir que la expresión sobre la pérdida del tiempo podría aplicarse en los casos en los que los actos no coinciden con las metas específicas que la persona se ha planteado para sí. Es evidente que ante tal orden de cosas, el no contar con un proyecto específico para la propia vida vuelve nebulosa la respuesta sobre si se aprovecha o no el tiempo, debido a que, en tal caso, no habrá un criterio desde el cual juzgar su aprovechamiento.

Descontando las horas de sueño, las necesarias para la alimentación u otro tipo

de necesidades físicas e, incluso, las que tienen que ver con el transporte, solemos tener alrededor de catorce horas diarias disponibles para aquello que consideremos congruente con nuestros fines. Hablamos de desperdicio del tiempo cuando en el uso de tales horas existe un desfase poco provechoso entre las horas dedicadas a lo que se desea y las que se queman en otras actividades. No intento criticar el uso del tiempo para ciertas conductas lúdicas o pasatiempos que permitan relajar al cuerpo (y la mente), siempre y cuando esto conlleve la intención de retornar a las ocupaciones que creemos mediadoras de los propios objetivos. El problema es cuando tales pasatiempos, desconexiones o actividades di-

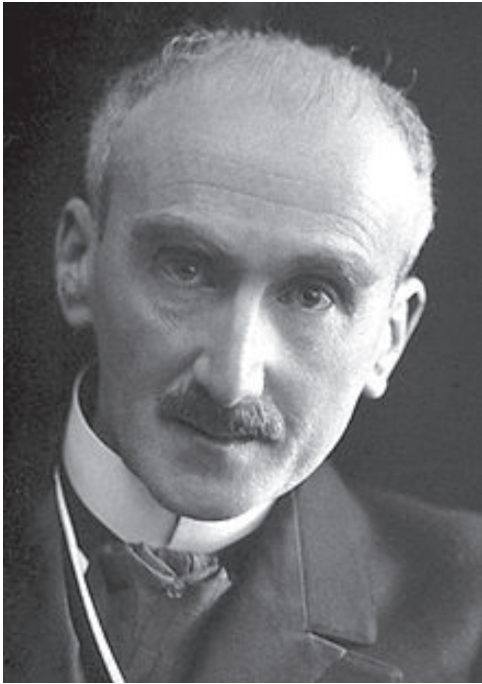
vertidas ocupan la mayoría del día y, además, no permiten concretar el avance de las metas personales. Asimismo, uno de los aspectos que son mayormente frustrantes en la experiencia de los trabajadores (de nómina) es que destinan su tiempo para el logro de las metas de una institución, de una empresa o de un inversionista, sin lograr hacer un puente entre tales intereses y los propios.

Ante la conciencia de tal posición esclavizadora, usualmente se cuenta con la salvaguarda de las distracciones. Contentarse con una comida de convivencia los fines de semana (en ocasiones cada fin de semana) con las mismas personas que reiteran una y otra vez su mismo discurso, excederse en el juego, las visitas recurrentes a los cafés de moda para escuchar quejas o proferirlas ante lo injusto que parece el mundo a los propios ojos, centrar toda la atención en los eventos deportivos que nos provee el aparato televisivo, generar críticas a los pares que no piensan como nosotros, destruir la fama de algunos, evadir las propias responsabilidades con actividades interminables que no conducen más que al disperso y discordante estrabismo reflexivo, son sólo algunas más de las posibilidades que se entretajan con una actitud obstaculizadora. Es por todo lo anterior que un mal hábito es el peor jefe que nos puede tocar, según asentó Cicerón, filósofo romano.

Existen casos en los que la distracción placentera no es lo que obstaculiza la vivencia del vacío, sino la indiferencia ética. Tal como afirmaba Fromm, algunas personas logran tranquilizarse al suponer

que actúan correctamente por obedecer milimétricamente a la voz de su conciencia. Sin embargo, la voz de la conciencia podría ser únicamente la repetición de los convencionalismos externos que, sujetos a nuestros deseos de aprobación, son aceptados sin menoscabo y llevados a la reproducción con las conductas que de ellos se derivan. Si el individuo no está dispuesto a cuestionar las voces que vienen de sí, a pesar de no haber sido elaboradas con su voluntad, permanece obstaculizando un ejercicio reflexivo que podría permitirle notar la inadecuación de sus intereses con las reglas que supuso eran suyas. El aprendizaje de las normas morales imperantes y su resonancia interna a manera de reiteración no implica que tales normas deban ser el principio modelador de nuestras conductas en la vida. El seguimiento ciego de tradiciones caducas, la perfecta obediencia ofrecida a sistemas que reproducimos incesantemente y el impedimento de la duda ante tales conjeturas favorece el fortalecimiento de la obstaculización que, bajo esas circunstancias, es producto de un consentimiento al no ejercer el derecho a la controversia y la confrontación.

Finalmente, en los casos en que se realizan planeaciones excesivas, intentando controlar todo sin lograr aterrizar en la ejecución de lo planeado, se evidencia una obstaculización más. En las ocasiones en que hemos querido tener todo bajo estricta previsión, suponiendo que no debemos dar un paso sin contar con la certidumbre plena de lo que debe suceder, estamos sometidos a una coraza ennegrecida que sostiene nuestras extremidades sin permitirnos ac-



Henri Bergson

tuar. El miedo al fracaso, el temor a la falla o el pánico ante la posibilidad de no tener las respuestas en el momento adecuado han sido causas de pasividad y quietismo, de inacción. Los planes perfectos no conllevan la aplicación de los mismos.

Existe una amplia gama de proyectos que no se han realizado debido al anhelo de elocuencia absoluta, control desmedido, o el miedo a la incertidumbre que ostentan quienes los elaboran. En ese orden de ideas, Henri Bergson, filósofo francés, recomendaba pensar como un hombre de acción y actuar como un hombre de pensamiento. De este modo, consideraba él, podrían aterrizar los proyectos sobre la misma marcha, permitiendo su ejecución antes de que se claudique en el intento. La valentía en el proseguimiento de los

propios objetivos está alimentada por la disminución de la cautela ante los miedos. No es factible enfrentar los miedos sin reconocerlos o si la actitud constante es de renuencia a la ejecución de lo planeado o, peor aún, a planear.

Pensemos en un individuo al que se le invita a realizar un viaje que siempre ha deseado. El afortunado individuo prepara su maleta pero antes de salir de casa antepone su temor a que acontezca un clima inconveniente o a que una lluvia impertinente vuelva insoportable la travesía. La persona elige quedarse en casa por miedo a que llueva. Al encerrarse bajo su techo imposibilita la frustración de tener que sortear alternativas para sobrellevar la lluvia, pero también obstaculiza el disfrute eventual del viaje así como el aprendizaje que le proveerá solucionar el problema de la lluvia en caso de que hubiese acontecido. Tal como se observa, la obstaculización consentida es consecuencia de un temor a las carencias que son reconocidas o que pueden prevenirse (o imaginarse) en el horizonte. Cuando el temor al vacío posible sea superado y se elige convivir con él en caso de que acontezca, estaremos haciendo de su presencia una posibilidad que acarreará distintos caminos de solución sin importar en demasía que se cambien los planes iniciales; sólo así dejaremos de entenderlo como un obstáculo.

#### 4. Ignorancia anestésica

La actitud de desconectarse o evadir un desagrado no está presidida de ignorancia. Al contrario, prever las posibles vivencias desagradables del futuro y aferrarse a la



inmovilidad presente se deriva de un conocimiento de las posibilidades.

La ignorancia anestésica constituye un adormecimiento del sentido crítico y del señalamiento aguerrido. Tal como acontece en una intervención quirúrgica, en la que el dolor, producido por la penetración del bisturí en la carne y el manejo interno que en nuestra corporeidad realiza el médico, es disminuido por un efecto de insensibilización debido al uso de un fármaco, la ignorancia permite ser inmune al dolor que ciertos saberes o informaciones pueden producir. Distinta a la ignorancia simple, que en ocasiones es derivada de una actitud apática hacia la indagación o la búsqueda del conocimiento, la ignorancia

anestésica hace alusión a que el efecto de adormecimiento fue provisto, inyectado, sugerido, promovido, propuesto u obligado por un participante externo. Un paciente no se produce a sí mismo el estado de insensibilidad en la sala de operación, sino que lo hace el anestesiólogo. Los actuales sistemas sociales están estructurados con distintas estrategias anestésicas cuyo objetivo es el adormecimiento de la actitud crítica de los ciudadanos. Más allá de ofrecer algunos nombres concretos de “anestesiólogos” dedicados a semejante plan, interesa señalar la consecuencia de sus intervenciones, es decir, la ignorancia anestésica.

Algunas de las causas de este tipo de ignorancia son las evasiones promovidas



por la distracción obstaculizadora. Otros aspectos causantes de la ignorancia anestésica son la desinformación, la tergiversación de la información y la inapropiada interpretación de los datos obtenidos. En una sociedad en la que la mayoría de las personas no tiene o no muestra interés por criticar a la información que recibe, las posibilidades de manipulación masiva son mayores. Los individuos actúan de acuerdo con lo que saben y, principalmente, en función de lo que interpretan a partir de lo que saben. Al ser así, lo sabido es la pauta de lo que se conjetura o de lo que se concluye. No contar con la información adecuada sobre lo que acontece en el mundo, o en el propio entorno, representa un obstáculo para la vivencia del vacío. La desinformación conduce a la tragedia potencial.

Incluso en los casos de índole personal, no conocer que se padece cáncer, por ejemplo, es más perjudicial que el cáncer mismo, pues no se buscarán alternativas de solución. No saber que se cuenta con enemigos laborales, o que en ciertos grupos se desea nuestro malestar, es un obstáculo para tomar las medidas adecuadas. La desinformación, sobre todo la que concierne a elementos sustanciales de la propia vida individual o social, atrae consecuencias altamente dañinas.

La ignorancia se vuelve anestésica cuando nos convierte en incapaces de captar lo que sucede alrededor. Si en un país se promueve una serie de reformas constitucionales que el grueso de la población desconoce, se puede optar por contentar a la muchedumbre asegurando que los resultados provenientes de tales modifi-

caciones serán a su favor. Si, además, los miembros de tal sociedad lo creen, no hay muchas alternativas de oposición. La sensibilidad podría ser recuperada a partir de algunos grupos de denuncia que intenten invitar a la población a que se informe o cuestione lo establecido, pero en muchas de las ocasiones el embrutecedor adormecimiento de la anestesia es mayor que los movimientos de queja o de denuncia. Evidentemente, esto no tendría que orillar a los no anestesiados a terminar desistiendo de sus ideales, pues el vacío crítico de sus oyentes debe fortalecer con mayor profundidad sus convicciones.

En su libro *La información del silencio*, Alex Grijelmo refiere la tergiversación de la información a partir de la forma en que se expresa una noticia o se escribe una nota. La omisión de los datos y la conexión estratégica entre los mismos orillan a una interpretación particular que es presentada como un producto del público, ocultando la intención establecida por el que “informa”. Por ejemplo, un jefe de gobierno nos puede comunicar que se han producido tres mil nuevos empleos en la ciudad y que eso contrasta con los dos mil generados por el gobernante anterior; sin embargo, podría ocultarse que las condiciones de los nuevos empleados son mayormente precarias o que no cuentan con prestaciones apropiadas, seguros médicos o sueldos favorecedores. Asimismo, no se ofrecen en tales informes los empleos que suelen perderse debido a la quiebra de algunas empresas o a los recortes que muchas otras deben realizar para sobrevivir. Si a la información inicial se le añade un



optimista y sonriente “hoy estamos mejor”, será poco probable que alguien anestesiado pueda reaccionar de forma contraria a la pasividad promovida. Contrariamente, el vacío en la información podría ser un motivo para indagar si se efectúa el proceso de crítica a los mismos sistemas de difusión de la información, pero tal actitud es lejana si la anestesia es efectiva. No hay procedimiento indagador que no sea antecedido por la duda ante la información recibida o por la conciencia de su falta de consistencia, espesor, solidez o claridad. Si no se contacta con la duda proveniente del vacío argumentativo, no habrá camino posible a la liberación ideológica.

En las situaciones extremas de algunas comunidades en las que la apatía crítica y el adormecimiento indagador son evidentes, los que elevan las protestas e inconformidades son los miembros de pequeños y valientes grupos. Sin embargo, cuando son señaladas las inconsistencias de la información derivada de los medios oficiales, legitimados por los horarios estelares en los distintos medios de comunicación, los anestesiados, provistos de una insensibilidad a toda prueba, tienden a descalificar las opiniones contrarias a su sumisa aceptación de los sistemas dominantes. Tal como afirmó Luigi Pirandello, escritor italiano, el hombre está siempre



dispuesto a negar aquello que no comprende. Coincidentemente, es óptimo aludir a John Gray, militar estadounidense, quien tenía la idea de que donde la ignorancia es una bendición, el desatino es sabiduría.

Immanuel Kant, filósofo alemán, consideraba que es imposible refutar al ignorante en una discusión. Los lineamientos que condicionan las interpretaciones ante los acontecimientos, las pruebas o la información, son difíciles de refutar por medios racionales cuando el razonamiento mismo no es un elemento decisivo para algunas personas. También se puede estar anestesiado por la necesidad de establecer conclusiones puramente racionales.

Otra cuestión, demasiado común, es la que sucede cuando existen descalificaciones hacia alguna figura pública a partir de una campaña masiva de desprestigio comandada por las contrapartes. En los medios de comunicación, durante las campañas políticas, se observa un feroz despliegue de ataques entre los contrincantes, los cuales, lejos de centrarse pulcramente en sus propuestas para la mejora del país, tienden a magnificar los errores de los otros candidatos. Tales campañas de desprestigio son exitosas cuando en la población reina una actitud renuente al diálogo o existe una actitud hermética ante las posibilidades benéficas que puede atraer elegir a un político que ha sido desprestigiado por sus propios adversarios. Cuando la masa crítica de una sociedad se centra en demasía en los improperios que unos a otros refieren del adversario y se descalifica *ad hominem*, podemos asegurar que la interpretación de la información ha sido



John Gray

poco precisa. De tal modo, si la veracidad de un dato se concede únicamente en proporción a la fama masiva de quien lo refiere, descuidando el contenido de la afirmación y centrándose en la imagen social del afirmante, lo que tenemos es una masa al servicio de las fuentes de información más que a la búsqueda madura y responsable de la información.

Sucesos similares acontecen cuando, en el ámbito académico, se concede autoridad plena e incuestionable a lo que ha dicho un pensador que goza de prestigio. Ciertamente, es fundamental saber quién afirma tal o cual cosa, pero el reconoci-



miento social con el que cuente el emisor o el currículum del que se sostiene no supone infalibilidad en lo afirmado. ¿Cuántas veces hemos escuchado frases pomposas como “esto lo ha dicho tal o cual filósofo (o cualquier intelectual de otra área de conocimiento) y no hay manera de discutirlo”? La fama póstuma de un autor, además de contar con la muerte como aliada, se deriva, en cierto modo, de los intereses editoriales implicados. Suele acontecer, también, que el prestigio obtenido en el ámbito intelectual o cultural no siempre sea derivación de las coincidencias con las que los lectores especialistas han referido a los escritos de un afamado intelectual, sus aportes derivados de investigaciones precisas o reflexiones sistemáticas en torno a distintos temas, sino en función de los favores políticos y de la militancia ideológica acompañada de los méritos concedidos a partir de ello y la atención mediática derivada.

La apología del vacío resultante en el ámbito de la ignorancia anestésica permitirá los logros siguientes: a) reconocer la cosificación que los mediadores de la información han hecho de sus receptores; b) palpar el hueco derivado de la tergiversación de la información obtenida y conducir propositivamente a una mayor y mejor búsqueda de datos; c) desarrollar una actitud crítica ante la información recibida, las interpretaciones derivadas de los acontecimientos y la influencia del poder que sobre nosotros tienen las opiniones de individuos investidos con cierta autoridad social; d) elaborar conclusiones con un nuevo matiz, delineadas por un perfil más centrado en la flexibilidad y menos en la linealidad.

Sin la obstaculización de la ignorancia anestésica existen mayores posibilidades de generar un cambio social a partir de la protesta y de la actitud abierta y propositiva de los distintos grupos y representantes sociales. Si tales instancias están interesadas en favorecer al mayor número de individuos y son desprovistas del adormecimiento crítico, podrán evidenciar el beneficio de una vivencia fecunda del vacío, condición ineludible de todo movimiento social, intelectual y cultural que permite enfrentar la adaptación pasiva al entorno.

## 5. Adaptación pasiva al entorno

La zona de confort es el espacio en el que se neutraliza al mínimo la ansiedad y se acortan las posibilidades de generar conflictos o fricciones debido a que el conocimiento de las circunstancias ayuda a dominarlas. Propiamente, se dice que una persona está en esta zona cuando no realiza acciones distintas a las que está acostumbrada, no conoce personas o ambientes diferentes a los que usualmente frecuenta, ni elabora proyectos que supongan conductas fuera de las establecidas y aceptadas en su entorno. La intención operativa detrás de tal concepto es la adaptación pasiva del individuo a su entorno. Entendido así, lo que la persona hace es una elección derivada del supuesto de que el cambio es algo evitable y, en la mayoría de los casos, indeseable.

A pesar de que el esfuerzo por la no movilidad puede ser tangible, todo individuo se encuentra en movimiento interno y esto supone que la zona de confort genera insatisfacción. De tal modo, la ansiedad



que antes se buscaba neutralizar se desarrolla y se vuelve cada vez más difícil de ocultar. Puede propiciarse en este punto una serie de alternativas o justificaciones que recuerdan a la persona (y a quienes le reclaman) que lo que hace es lo mejor, lo más justo y ecuánime que puede ofrecer para sí misma.

Una de las evidentes conexiones entre la adaptación pasiva al entorno y la nula experiencia del vacío fecundo es que la persona intenta adaptarse para evadir el vacío que, de algún modo, sabe que podría afectarle. Es natural que las personas, y todos los seres vivos, busquemos cierta adaptación al entorno que nos rodea, pero tal adaptación se vuelve enfermiza cuando los costos son mayores que los beneficios o, en suma, cuando el costo es tan alto que no se percibe ningún beneficio potencial que pudiera opacarlo. Negar las alternativas y posibilidades que los cambios ofrecen es equivalente a no entender que el día siguiente tiene también un valor. Aquilatar lo que se tiene no significa que se deba desear inmovilizarlo, del mismo modo que el miedo al cambio no implica que el cambio se evite. Querámoslo o no, estamos cambiando constantemen-

te; el conflicto sucede cuando los cambios internos no coinciden con las condiciones externas con las que elegimos seguir viviendo.

El confort elude al vacío por considerar que el espacio contextual al que anteriormente nos adaptamos permanece siendo el mismo y que así se justifica nuestra nulidad de cambios. El motivo de la adaptación pasiva al entorno no siempre se explica a partir de las relaciones

infantiles sino que es, propiamente, derivación de una actitud perezosa ante la vida.

Jaime Balmes, filósofo español, pensaba que un hombre con pereza es un reloj sin cuerda. Eso aplica, obviamente, a hombres y mujeres, pues a ambos les corresponde la necesidad de esforzarse en pro-

picar ciertos cambios que sólo suceden voluntariamente. No son pocas las personas que tienen suficiente claridad en lo que deben hacer y, sin embargo, no lo hacen. La renuencia, la pasividad, la flacidez creativa, son todas derivaciones de la adaptación sumisa.

La renuencia está asociada a la repugnancia que se siente ante tal o cual conducta de la que se quiere escapar. Naturalmente, todos sentimos cierta renuen-



cia a algunas obligaciones que nos resultan indiferentes y solemos agradecer que sea otro quien los haga. Pero no es lo mismo pagar una cuota de limpieza para que alguien elimine algunas partículas de polvo de nuestra casa que intentar que otro logre sustraer de nuestra psique algunos prejuicios que se han fortalecido con el paso de los años. Nadie puede sustituirnos en el proceso de cambio personal más íntimo, si no lo hacemos nosotros no lo hará nadie. ¿Acaso no resultaría ilógico pagar a otra persona para que corra por mí en las mañanas esperando que se mejore mi condición física? ¿Será ideal pedir a otro que lea un libro por nosotros y suponer que hemos aprendido a través de él lo que el libro ofrecía? Evidentemente no, cualquiera de esas cosas no sería idónea.

Algunas de nuestras adaptaciones culturales, familiares o sociales mantienen las condiciones referidas en el párrafo anterior. Por ejemplo: creemos en la información que otros nos dan sobre lo que un tercero piensa sin que la hayamos escuchado directamente del implicado; asumimos el camino que otros han recorrido para encontrar a Dios y aceptamos su mediación ante la voluntad celeste; seguimos las reglamentaciones sobre las formas establecidas en que debe vivirse la experiencia sexual, partiendo de parámetros, legalidades, formalidades y fidelidades que, estrictamente dicho, deberían de definirse en pareja y no a partir de convencionalismos. Del mismo modo, creemos en lo que otros han investigado sin comprobarlo por nosotros mismos; desestimamos una obra de arte si otro la ha desprestigiado y evita-

mos la experiencia de saborearla; mostramos pasividad cuando se nos ha dicho la medida del éxito y la seguimos sin dudar un poco de ella o pronunciarnos en contra; finalmente, somos pasivos cuando aceptamos los impuestos sin exigir la evidencia de los beneficios sociales derivados de ellos.

La adaptación sumisa opera en los momentos en que las reglas, sistemas, reformas, mandatos o lineamientos se reciben del entorno sin sopesarlos, examinarlos o revisarlos desde una óptica personal. Uno de los motivos por los que la pasividad se vuelve regla en algunas vidas es que no se cuenta con una estabilidad personal y subjetiva que sustituya lo establecido externamente. No seguir la regla ocasiona que la persona infractora quede a la deriva, flotando, volando en un aire insustancial que no le aporta seguridades. A esto último es a lo que llamo flacidez creativa. Tal condición impera cuando la misma persona no se siente capaz de propiciar algo suficientemente firme que delimite sus propias convicciones y a partir de lo cual pueda proponer variaciones a las reglas establecidas o el establecimiento de otras nuevas.

A pesar de que cada vez existen mayores y más numerosos ejércitos de individuos que asumen su desadaptación como una evidencia de su desacuerdo con la intoxicación social imperante y no como producto de una desobediencia infantil, aún existe la noción de que toda rebeldía es pueril, insostenible o digna de ataque. La rebeldía, a diferencia del berrinche, siempre tiene motivos tangibles. El berrinche lo hacen los niños, la rebeldía es propia de personas responsables que ajenas a poses,



vanidades o tácticas buscan dar respuesta a la propia necesidad de ejercer su creatividad de maneras alternativas. La rebeldía creativa, a diferencia de la puramente contestataria, promueve un *modus* desde el cual pueden ser alcanzados los objetivos.

No propongo con todo esto que la actitud deba ser siempre la de rebeldía, pues existen convencionalismos que son necesarios (ahora mismo yo promuevo cierto convencionalismo al tener que utilizar este medio para llegar al lector); sin embargo, la línea clara en la que una adaptación inteligente se vuelve sumisa y perjudicial es cuando existe una afectación directa al individuo. Si el miedo al fracaso o el temor a lo novedoso evitan que una persona manifieste el movimiento interior del que ha sido posesión, deberá reconocer que se ha establecido en una zona aparentemente confortable que reprime su talento y virtud. Más que gastar energía en justificar la inmovilización, debe aprovecharse en generar fructificación a través del cambio.

Según Benjamín Franklin, la pereza viaja tan despacio que la pobreza no tarda en alcanzarla. Análogamente, es de esperar que seamos lo suficientemente despertos para darnos cuenta de que la inactividad, la renuencia, la pasividad y la adaptación sumisa nos inmovilizan hasta el grado de ser sometidos por el vaivén caótico de la frustración, el adormecimiento, la incongruencia y la desconexión con lo que nos rodea. No son pocas las personas que han fallecido desde antes de morir; su cuerpo sigue vivo pero su creatividad, su ímpetu, su motivación y sus anhelos se han adormecido,

anestesiados por sus sosiegos fantásticos y aquilataados en una casa de cambio en la que los diamantes permanecen escondidos.

## Conclusión

El vacío está presente de manera fecunda cuando renunciamos a permitirnos la destrucción personal pasiva. Lo anterior facilitará la obtención de las siguientes metas concretas: 1) realizar el silencio necesario para escuchar los ecos que los problemas nos manifiestan y no minimizarlos; 2) direccionar de maneras productivas las propias energías, evitando elegir el daño que paulatinamente destruye el valor que podría encauzarnos; 3) propiciar un empoderamiento que desemboque en la destrucción de las obstaculizaciones consentidas que incapacitan el propio avance; 4) ejercer el derecho a la lucha contra la ignorancia que otros han delineado estratégicamente para anestesiar a los miembros de las distintas sociedades; 5) coadyuvar en el despertar de quienes, sin notar su propia adaptación pasiva al entorno, requieren vivenciar su vacío para construir congruentemente una vida que sea afín con la esencia que mantiene lo que son.

Realizar una apología adecuada del vacío, darse permiso de encontrarse con tal, es el paso necesario, irrenunciable e intransferible para hacer de este mundo un espacio con mejores condiciones de ser habitado y lograr que nuestra vida sea un tiempo digno de ser esencialmente compartido.



UNIVERSIDAD ANTROPOLÓGICA  
DE GUADALAJARA

---

La Universidad Humanista